

LA ÚLTIMA LECCIÓN

Pseudónimo: Urbanelli

El maestro decide cerrar las ventanas del aula. Afuera se escuchan ruidos de mortero, la confusa algarabía de la muerte, y el run run de los camiones Iveco subiendo la intendencia por el camino del pantano. Esta mañana, antes de lavarse la cara en su palangana de loza, don Jesús ha decidido ocultar bajo la trabilla del cinturón las cartas que le envió desde París una antigua novia libertaria. En aquellas letras, salpicadas de faltas de ortografía, hablaba del amor y de la justicia universal, quizá por eso teme que resulten comprometedoras si llegan a manos de algún brigada chusquero de gatillo fácil. Podría ser su final, bien lo sabe, un final de tragicomedia, justo ahora que cumple su quinto trienio en la enseñanza pública. En aquel pueblo del sur, donde el hedor a aceite de las almazaras se confunde con la pestilencia de la carne podrida de los muertos abandonados en las cunetas; en ese maldito pueblo, donde el aire que viene de sierra Mágina corta la piel como una navaja de barbero, las horas parecen contadas como calderilla en los bolsillos del destino. Son las once de la mañana. Los cinco zagales desarrapados, y las dos muchachas adolescentes que ocupan la última fila de pupitres, parecen estar durmiendo el sueño de los justos mientras explica el curso de los ríos y señala con un puntero el relieve de las montañas de la Penibética sobre el mapa físico de España desplegado en la pared del aula. El maestro decide interrumpir la explicación justo cuando habla del Pico Veleta. Ha escuchado pasos y visto, a través del ventanal, el rostro belicoso de sus verdugos haciendo círculos como buitres carroñeros. Sabe que será su última clase. Lo próximo que vea nada tendrá que ver con la pedagogía ni con la Institución Libre de Enseñanza de don Amador de los Ríos, así que extrae de su vieja cartera de cuero un libro de Antonio Machado y, cerrando los ojos, inicia una carrera hacia el infinito, declamando para sí versos y

sentencias del Juan de Mairena. Para su extrañeza aún no ha irrumpido nadie en el aula. Quizá la muerte sea como el encerado que le guarda las espaldas y haya que tizar con tiza blanca su superficie para que la lección se entienda, para que esos mocosos que le acompañan en su última clase sean testigos válidos de su rendición y luego puedan decir orgullosamente:” Yo vi cómo se lo llevaban...”

En el puesto de mando solo hay una bandera rojigualda con un aguilucho y todo el silencio del mundo extendido como un extraño tapiz por donde se escurren los sentidos. Los tres reclutas que han venido hasta la escuela para detenerlo no tendrán más de catorce años. Podrían ser alumnos suyos, piensa amargamente. El más taimado le ha dado un culetazo en la cabeza con el máuser y, después, ha escuchado consignas que no ha podido entender porque el miedo lo acompaña como un lebrél fiel en una mañana de cacería. Su propia cacería, piensa, y entonces vuelve a sentir el deseo encendido de un viejo amor, la oscura pasión de los sentidos recorriendo los caminos de la memoria. Observa con curiosidad infantil el sol del mediodía, quizá por última vez, y escribe con tiza en el encerado la palabra *Libertad*. Todos los zagales, alumnos y soldadesca, se han reído como si asistieran a una proyección de Charlot en el cine de verano de la plaza. Ahora habla consigo mismo. Espera que no sean demasiado escrupulosos con los formalismos y lo lleven cuanto antes ante la tapia del cementerio. El tiempo le pesa y solo escucha el lejano tintineo de un grifo que parece quejarse en el patio. Vuelve a sentir miedo y se sujeta las tripas como hacía de niño cada vez que lo visitaba el demonio en sus pesadillas. Ahora sabe que la vida es una maroma de pozo que termina por deshilacharse de tanto subir y bajar el cangilón de agua. Por su reloj de bolsillo son las tres de la tarde. No ha comido nada desde anoche, apenas un mendrugo de pan negro y una veta de tocino, y su estómago simula una suerte de artillería que comienza a minar su resistencia. Ha pedido papel y tinta de

escribir, pero por toda respuesta ha recibido un escupitajo en la cara y la sombría visita de un cura que ha tratado de exorcizar su afección a la República. Necesita abrazar por última vez, sentirse amado, y creer por un minuto que el mundo no es un infierno decorado para que ardan en el fuego eterno las almas rebeldes. Alguien lo observa desde el ojo de buey de la puerta. Escucha una respiración entrecortada en medio de un silencio agigantado por la penumbra. Supone que es el corazón de su verdugo que bombea sangre y se infla como un fuelle de chimenea para estrenar un juego que se le antoja cruel e innecesario.

El maestro ha viajado en una tartana hasta las afueras del pueblo en medio de un silencio atronador. Solo se han escuchado las zapatas del freno del camión que lo transportaban junto a dos hombres que le han parecido dos cabezudos de feria. Ha observado sus rostros bañados en sangre, la cómica expresión de la muerte, y ha intentado alentarlos en sus últimos instantes. Antes de sucumbir, en los siete minutos y medio que ha durado el desplazamiento desde el cuartel, ha recordado su primer beso bajo una luna empalagosa de agosto, y su primer poema de amor, aquel que dedicó a una hermosa ondina que restregaba contra las piedras gastadas del lavadero la ropa blanca de su señorito. Antes de cerrar los ojos para siempre se palpa la barba de siete días y maldice su suerte por no haberse afeitado aquella misma mañana. Quizá las uñas le sirvan en el último momento para rasurarse las mejillas y detener el horror que le chorrea desde la frente bajándole hasta la barbilla en forma de sudor frío. Después, el silencio siempre y la paz de los muertos en paz.